

su llegada; apenas la lee Iturbide cuando pide un caballo, tardan en darselo sus criados, y no aguardando ni sufriendo demora toma el de un dragon y á gran galope parte con don Anastasio Bustamante á verse con Cruz en la hacienda, donde lo encuentra. Esta entrevista tenida el 8 de mayo fué cómica; ambos se abrazaron, Cruz comenzó á llorar y hacer pucheritos y luego empezaron á tratar del gran negocio. Quería Cruz que hubiese suspension de armas por dos meses; pero Iturbide entendió que esta medida se le proponía con el objeto de engrosar en este tiempo su partido, aumentar la fuerza de Querétaro y de otros puntos, y que se formase un grande ejército, etc., etc., y de ninguna manera se prestó á ello. En lo único que convino fué en que se solicitase la mediación del señor obispo de Guadalajara y conde de Valparaiso con el virey para que se oyesen las reflexiones que le haría Iturbide sobre el plan de Iguala, que modificaría en lo que conviniese, precediendo una conferencia entre tres personas nombradas por cada una de las partes, absteniéndose ambas de hostilizarse durante la discusión. Esto proponía Iturbide por cuanto el virey se había negado bruscamente á todo, no habiendo querido ni aun abrir sus comunicaciones. Cruz llevó la exposición que Iturbide le hizo para que se efectuase esta mediación, la cual no tuvo efecto y de lo que debemos dar gracias á Dios, porque si tal hubiera sucedido el plan de Iguala viene por tierra. Parecerá esta una paradoja; pero no lo es ciertamente, como voy á demostrarlo (1).

67. Luego que se instaló la junta constitucional en Madrid para dar la convocatoria para las cortes, se comenzaron á dictar providencias que atrajesen la voluntad de los mejicanos é hiciesen amable la dominación de la metrópoli, de modo que en los últimos correos llegados á Méjico vino multitud de diplomas, de cruces, grados y honores á gran porcion de personas principales que estaban metidas en el plan de Iguala, y no dudo asegurar que por ambición de disfrutarlos ó por gratitud al rey, ellas habrían echado el pie atrás y abandonado al Sr. Iturbide. Dios disponia las cosas, y él sin saberlo era un instrumento de su voluntad, inspirándole ideas de acierto. Podría citar en comprobación de esto algunos hechos, solo me limitaré á decir que conozco á un personaje que habiendo tomado una parte activa en esta revolucion por esperanza de ascensos, se pelaba las barbas cuando supo que en la correspondencia de España venia agraciado con el grado de general y cruz de Maria Isabel la Católica.

68. Terminada la entrevista con Cruz, pasó Iturbide á sitiar á Valladolid (hoy Morelia,) punto verdaderamente militar, lugar de su nacimiento, y por sola esta cualidad muy recomendable para él. Tenia por comandante al coronel D. Luis Quintanar, y este á su disposición una gnarnicion numerosa y valiente, pues llegaba á mil seiscientos hombres. Desde Huaniqueo escribió á dicho comandante excitándolo á que se prestase á una honrosa conciliación antes que sufrir los horrores de la guerra. Escribió asimismo al ayuntamiento, pidiéndole le enviase una diputacion con quien tratar, quien no dió respuesta, y le repitió segundo oficio, protes ándole que obraría militarmente; ya entonces envió dos regidores, á quienes manifestó la necesidad de un acomodamiento. Las tropas de Iturbide hicieron movimiento de aproximacion. Co-

(1) Cruz intentó disuadirlo de su empresa, diciéndole que como le habían faltado las tropas del Sur le faltarian las del Bajío, en quienes confiaba; pero inútilmente, pues descansaba en la amistad y lealtad de don Anastasio Bustamante que las había reunido y tenía mucho ascendiente sobre ellas; lo mismo que don Luis Cortázar. Iturbide no se engañó.

menzó desde su aparicion la desercion en la plaza, y se aumentó rápidamente. Contrajo Iturbide su pretension de Quintanar á dos artículos. 1.º Que se dejase á las tropas en libertad de elegir el partido que quisiesen, advirtiéndole á los europeos que podrian separarse del servicio pagándoles sus alcances, en cuyo caso permanecerian en el país si quisiesen, ó se trasladarian á Europa, pagándoles los costos del viaje.

68. Segundo. Que las tropas que se decidiesen por el virey quedarian en la plaza sin hostilizar ni ser hostilizadas, hasta que este resolviese sobre las propuestas recomendadas al general Cruz, cuyos artículos llevaron los comisionados en copia á Quintanar. Este desechó el primero y accedió al segundo, mas Iturbide respondió que estando intimamente conexos ambos, desechado el primero debería tenerse por no hecho el segundo. Que podría Quintanar tomar sus medidas de defensa, pues á las seis de la mañana siguiente se romperian las hostilidades.

70. Hecha esta comunicacion, el comandante Quintanar dijo por un oficio que protestaba su buena disposicion para oír todavia cualesquiera indicaciones que se le hiciesen; se le respondió que no se hallaba medio fuera de los propuestos para conciliar el honor de las armas nacionales con el bien y tranquilidad de la ciudad; pero Iturbide añadió que esperaria toda la mañana siguiente por si Quintanar encontraba arbitrio para terminar estas contestaciones de un modo que acomodase á los dos partidos. Quintanar solicitó después de esto se hiciese extensiva á Valladolid la suspension de armas estipulada con el general Cruz; mas se le respondió por Iturbide que su resolucion era invariable. Por último, la tarde del 19 de mayo se presentó Quintanar entre festivas aclamaciones en la plazuela de San Diego, donde estaba el cuartel general.

Iturbide salió á recibirlo, ambos se abrazaron y felicitaron cordialmente. El coronel don Manuel Cella, segundo de Quintanar, capituló que seiscientos hombres de la guarnicion que no quisieron seguir la suerte de Iturbide saldrían de la plaza comprometiendo á no tomar las armas, y efectivamente, se les dieron los bagajes y cuanto fué necesario para que realizasen su marcha. He aquí el modo con que se entregó á Valladolid sin dispararse un pistoletazo, es decir, una de las mas fuertes y bien guardadas plazas, donde ocho años antes se habían estrellado las fuerzas del general Morelos, superiores con mucho en número á las que presentaba sobre sus trincheras Iturbide, mas aun no era llegada la hora. La guarnicion quedó encargada á las fuerzas nacionales, compuestas de los cuerpos de Nueva-España, Tamarindos y batallon de Valladolid.

Proclama Negrete la independencia en Guadalajara.

71. El general Cruz, cuyo caracter siempre fue la perfidia y cobardía, estuvo tan distante de proteger la causa de la independencia, no obstante las lágrimas y pucheritos que hizo cuando tuvo la concurrencia con Iturbide, que por el contrario, se dedicó á fortificar á Guadalajara por si llegase la vez de defenderse; y para conseguirlo hizo venir á Negrete con su division, que se hallaba en la Barca, la cual campó en el pueblo de San Pedro, inmediato á Guadalajara. Bien sea la fuerza del ejemplo de lo ocurrido en Valladolid, bien los deseos de medrar en una nueva revolucion ó lo que se quiera, lo cierto es que la oficialidad de aquella division dirigió una exposicion á Cruz, en que concluía pidiendo la independencia con la triste alternativa de esta ó la muerte. Negrete estaba en los mismos sentimientos, pero temia un rompimiento entre su division y la artillería

de Guadalajara, en cuyo cuartel se hallaba Laris, capitán de esta arma, para contener cualquier desorden que se temia del pueblo. Esparcióse la noticia el 15 de junio á las diez de la mañana en la ciudad de que en San Pedro se había jurado la independencia por Negrete: al rumor de ella Laris se apoderó de la artillería por si la tropa de esta arma pretendiera oponerse; pero fué inútil, porque secundó la voz animada por el coronel Andrade. En esta sazón se presentó Cruz en el cuartel para contrariar el movimiento; pero Laris se le acerca y le dice con dignidad que se retire porque había cesado en el mando. Llegó el término de una dominacion de diez años y cuatro meses en que había ejercido la autoridad de un sultan y por cuya petulancia y despotismo se había derramado tanta sangre en las campañas de Jalisco y en la laguna de Chapala. Descubrióse la incógnita y en este dia mostró á toda luz su perfidia este monstruo, perfidia que la sagacidad de Iturbide entrevió en la concurrencia de Yurécuaro, negándose á ese armisticio que le habría proporcionado el modo de aumentar sus fuerzas y frustrar la independencia. En la tarde de este mismo dia reunida la guarnicion de la ciudad con el coronel Andrade en la garita de San Pedro, entró la division de Negrete á las cinco en medio de millares de gentes que aclamaban la independencia y bendecian á Laris, á Negrete y á cuantos habían cooperado á ella. Prestóse el juramento con todas las corporaciones reunidas de la misma manera que se había prestado en Iguala. Las gentes atónitas y como fuera de sí vertian lágrimas de gozo y se decian. Llegó el dia tan venturoso y suspirado para nosotros. Ya no veremos levantar una horca de dos cuepos de elevacion como en la que Cruz dió en espectáculo al benemérito Torres, defensor de nuestra independencia; ya no presenciaremos los horribles espectáculos que vimos en la plaza de Venegas (1) de centenares de victimas fusiladas cuyos cuerpos abrian una zanja al dar el bote con que caian precipitadas del funesto banquillo de la muerte. Ya no se nos presentará á la vista aquel negro verdugo que armado de una cortante cuchilla trozaba como en un tajón de carnicería las cabezas y manos de hombres para fijarlas en las escarpías. Todo ha desaparecido por un favor del cielo. El monstruo cobarde y sanguinario que dictaba estos asesinatos, huye como fiera acosada del cazador á buscar una caverna para rehacer su furia y cebarse en otras victimas.

72. Efectivamente, Cruz marchó as. z. confuso y desairado en pos de la division de don Hermenegildo Revueltas para hacernos la guerra; mas dejémoslo por ahora pretendiendo acometer tan inútil empresa y volvamos la vista hacia el general Iturbide, á quien la fortuna preparaba nuevos triunfos.

Accion de Arroyo Hondo en las inmediaciones de Querétaro.

73. Esta ciudad estaba defendida por el brigadier expedicionario don Domingo Luaces con una buena guarnicion; pero el conde del Venadito la creyó insuficiente para defenderse de un enemigo bastante poderoso y que de dia en dia aumentaba su fuerza, mandando la necesaria de auxilio para San Juan del Río. Impedir este socorro creyó Iturbide que era un deber suyo, porque si Querétaro hubiera sido el centro de las fuerzas como lo fue en el año de 1810, habría demorado por mucho tiempo la guerra. Al pasar Iturbide

(1) Cruz dió este nombre á una plaza de Guadalajara, que recuerda la tiranía de un virey fundido en el mismo molde del que dedicó este local para perpetuar su odiosa memoria.

bide por Arroyo Hondo salieron cuatrocientos hombres de infantería y caballería de Querétaro que le cargaron reciamente, y lo empeñaron en una acción tan desigual como que él solo llevaba consigo cuarenta cazadores del hijo de Méjico y ochenta caballos, y el grueso principal de su division marchaba tres leguas adelante. Precisado á defenderse, lo hizo de una manera desesperada, entrando en acción quince dragones al mando del teniente coronel don Epitacio Sanchez, é igual número de cazadores al mando del capitán don Mariano Paredes (1). El éxito fué tan favorable por parte de Iturbide, que no solo obligó á los españoles á retirarse con pérdida de cuarenta y cinco hombres entre muertos y heridos, sino que además quedaron prisioneros el sargento mayor del regimiento del Principe don Juan Miñon, el subteniente del mismo don Miguel Azcárate, un sargento y dos soldados, y fueron heridos un capitán Velez, el ayudante mayor de Zaragoza Latorre y el teniente coronel don Juan Soría. Desde este dia apreció en mucho Iturbide á Epitacio Sanchez, á quien hizo después general, y murió en 1825 en la batalla de Almolonga por el asistente de Guerrero.

74. No fué menos feliz Iturbide en San Juan del Río en aquel mismo dia. Para impedir la reunion que allí se iba á hacer, mandó al teniente coronel Parres con el batallon de Celaya y ochocientos caballos: en Jerecuaro supo que el batallon de Murcia se dirigia á marchas dobles desde Toluca á Querétaro. Parres pasó á la hacienda del Colorado: ocupóse entonces no de dicho batallon, sino de doscientos dragones que habían salido de Querétaro para Huichapan, y cuando supo la entrada de dichas tropas en San Juan del Río, ocupó un punto á tiro de fusil de este pueblo, y con este movimiento logró cortarlas. El comandante de la guarnicion española Novoa provocó una conferencia con Parres, y durante esta intentó sorprenderlo con seiscientos infantes y dragones que salian del pueblo; mas estos se contuvieron á vista de la compañía de cazadores de Celaya que ocupaban el puente y se mantenian con serenidad, y tambien porque prontamente se dispuso á esperar la acción en el pequeño espacio que hay desde la venta del Puente. En esta sazón llegó el coronel Bustamante (don Anastasio) con ciento ochenta caballos de su division y quedó á sus órdenes la fuerza de Parres. De este modo la fuerza española situada en San Juan del Río, compuesta de mil y cien hombres, quedó totalmente cortada; perdida después toda esperanza con la estrechez del siti que acabó de ponerle la division de Quintanar, debilitada con la desercion y temerosa de un asalto, hubo de prestarse á un honroso acomodamiento semejante al de Valladolid, que solicitó Novoa, y quedó concluida y firmada la capitulacion. Mucha infantería y caballería se pasó al ejército americano. Don Mariano Torrente, para quien los españoles son no solo invencibles, sino invulnerables, atribuye la rendicion de Novoa á la de San Julian y Bracho ocurrida en aquellos dias; pero es constante que Novoa estaba de todo punto cortado é incapaz de hacer el menor movimiento sin riesgo de perecer: así se sacrifica la verdad de la historia al espíritu del paisanaje, á la adulacion....

75. Cuando el conde del Venadito supo la apurada situación de las tropas de San Juan del Río, mandó en su susorro á Concha con los auxilios que le pedia Luaces para Querétaro (2). Efectivamente, salió de Méjico, pero retrocedió desde Cuautitlan, porque supo que Iturbide había mandado á Bustamante que lo batiese. En Querétaro aguardaban tambien el socorro de las divisiones de Bracho y San Julian, que con mas

(1) Hoy general, el que manifiesta ser una de las mejores espadas de la república.

(2) Pedia no menos que tres mil hombres.

de ochocientos hombres venian de Durango escoltando una conducta de plata. Con tal noticia Iturbide se propuso hacerlos prisioneros, y tan luego como supo la salida de esta tropa de San Luis, que fué el día 15 de junio por la tarde, puso órdenes á los comandantes de Guanajuato y Celaya para que proporcionasen alojamientos á ochocientos prisioneros. Su secretario licenciado don José Domínguez que extendió el orden, le dijo: ¿cómo toma usted esta medida si no sabemos el éxito que tendremos cuando los ataquen nuestras tropas? Iturbide se suspendió por un rato y luego se volvió á él diciéndole: ponga usted las órdenes, porque es imposible que dejen de ser prisioneros nuestros. ¡Tan exacto era su cálculo! Comisionó al efecto á Chávarri, quien auxiliado con las fuerzas de don Anastasio Bustamante y de otros jefes de toda confianza y valor, verificó la rendición en los mismos términos que se refieren menudamente en las cartas 8 y 9, tomo 3 del Cuadro histórico.

76. El estado de fuerza tomada á la division enemiga fué de quinientos cuatro fusiles, ochenta y cuatro cajones de parque y dos cañones. Era mucho mas el armamento; pero lo hicieron pedazos en la mayor parte u ocultaron los soldados de Zaragoza antes que entregarlo á los americanos. Cuéntase de un soldado que al tiempo de entregar su arma, dijo llorando al oficial: Muchos años ha que me acompaña este fusil, con el que triunfado en varias acciones. ¡Quiera Dios que usted he jamás sienta el pesar que yo en este momento si se viere en el caso de entregarlo á su enemigo!... Este acto de heroísmo y sensibilidad hizo una impresion profunda en el corazon de Iturbide, que como apreciador del valor, quiso conocer al soldado, lo amó, lo colocó en su familia de asistente, y aun lo llevó á Europa. Sin duda este es el don Francisco Gonzalez que supone el señor Torrente, oficial (1), y en cuya boca pone un razonamiento épico como los que forjó Ercilla en su Araucana y Solís en la Historia de la conquista de Méjico, paseándose por el bello ideal del heroísmo. ¡Patrañas miserables que tornan la historia en un romance fabuloso! El lenguaje del heroísmo no se expresa con piposos.

Rendición de Querétaro.

77. El comandante Luaces de esta plaza contaba con trescientos cincuenta infantes de Zaragoza y trescientos caballos de Sierragorda, Príncipe y Frontera, fuerza improporcionada para la resistencia á un ejército grande, victorioso y entusiasmado. En vano había pedido auxilios al conde del Venadito, porque como se ha visto, Concha se había retirado, sus cartas habían sido interceptadas y además estaba justamente quejoso del virey, porque en una carta que había recibido en que se le ofrecía mandar auxilios, le decía que le mandaría una de sus botas para que se defendiese; andaluzada ó jametada pueril propia de la época de Carlos XII ó del guapo Lorenzo Estévan. En las contestaciones de Luaces con Iturbide se reconoce un militar lleno de pundonor y que sabe comparar el valor de su profesion por las reglas de la prudencia, y de ello da testimonio la orden del día comunicada á aquella guarnición del 26 al 27 de junio de 1822, cuya lectura recomiendo á los militares (2). Luaces no podía permanecer por mas tiempo sin decidirse; la revolucion fermentaba en lo interior de la ciudad y tenía un gran partido y el pueblo que había comenzado á unirse con las fuerzas de los sitiadores auxiliándolos en el ataque que dieron á los parapetos de la calle de la Academia con palos y pedradas; además la desercion diaria de la guarnición era cuantiosa, y

(1) Tomo 3, pág. 275.

(2) Carta 9, tomo 3 del Cuadro.

finalmente, se habían apoderado de unos cañones con que asestaron á la plaza, lo que obligó á Luaces á retrincherarse en el colegio de la Cruz. Por tanto se decidió á capitular honrosamente, ofreciendo que su tropa no faltaría á lo que estipulase como había faltado el virey al sagrado de las estipulaciones de Valladolid y San Juan del Rio, segun había sabido extrajudicialmente. Al mediodía del 28 de junio estaban concluidas las capitulaciones. Sus artículos principales se redujeron á que el punto de la Cruz evacuaría dentro de veinticuatro horas, saliendo con los honores de la guerra. Que no harían armas contra la independencia mejicana. Que á la posible brevedad se les franquearian recursos para su embarque los que quisiesen, permaneciendo entre tanto en Celaya, lugar que designó Luaces.

78. Iturbide, que sabia pulsar los resortes del corazon para ganarlo, sabiendo que la esposa de Luaces estaba en el convento de Teresas, extramuros de Querétaro, pasó á cumplimentar á esta señorita y á ofrecerle sus respetos, accion caballerosa con que ganó mucho en el corazon de su marido, que la idolatraba, y en la noche hizo lo mismo en el colegio de la Cruz, donde yacía enfermo de cálculo Luaces. Solo, sin armas y embozado en su capa y con solo la compañía de su secretario, sin mas distincion que la escarpela y plumas de las tres garantías, custodiábalo la tropa expedicionaria: las centinelas le dieron el quién vive y respondió con dignidad.... Iturbide.... Todos enmudecieron, nadie osó hablarle palabra.... ¡Tanto valia el prestigio de un hombre que con su fama imponia respeto aun á sus mismos enemigos! Admiróse esta conducta y no menos el buen comportamiento que tuvo con el vecindario y religiosidad con que pagó entonces algunos préstamos que se le hicieron á feria de tabacos.

79. Vióse Querétaro libre, habiendo estado ya muy oprimido desde antes que abortase la revolucion en Dolores. ¡Ojalá y se cultiven las bellas disposiciones y elementos que tiene para ser feliz y competir con la industriosa Puebla en sus manufacturas! Su situación, su belleza, la laboriosidad de sus habitantes, todo la convida á ser de las principales ciudades de nuestra república.

Accion de la hacienda de la Huerta, junto á Toluca.

80. Esta serie de triunfos puso á Iturbide en estado de no tener enemigos á retaguardia; tenialos empero á vanguardia, y muy terribles, con quienes tenia que combatir. Méjico, Puebla, Oajaca, Veracruz, contenian fuerzas muy respetables y abundantes en recursos para prolongar la lid, sin contar con Durango, ultimo asilo de Cruz. La accion de que vamos á hablar la refiere el señor Torrente con tanta rapidez como si anduviera sobre brasas ó espinas, después de que confiesa que fué *enpeñada*, y que aunque las fuerzas de don Angel del Castillo eran muy inferiores á las americanas, quedó sin embargo dueño del campo y este cubierto de cadáveres.... frase pomposa y con que sale del paso; veamos la inexactitud de esta lacónica y fabulosa relacion, y después veremos los funestos resultados que produjo contra la autoridad real. El vecindario de Toluca estaba comprometido en la revolucion, y Filisola creyó que debía protegerlo sabiendo que Castillo venia con una fuerza compuesta de las mejores tropas expedicionarias; mas esta medida solo sirvió para atraerlo á aquella ciudad. En la noche del 18 de junio sin tener antecedentes entraron cuatrocientos cincuenta infantes del infante don Carlos y de otros cuerpos con un cañon y una culebrina. Filisola solo tenia caballeria que oponerle, y se retiró á la ha-

cienda de la Huerta, donde estaba el padre Izquierdo con cerca de doscientos hombres de todas armas: allí aguardó al enemigo. Por la mañana se avistó este y destinó varias guerrillas para llamar la atencion de Castillo para que cubriesen su posicion por la izquierda, reconociendo además el terreno por si hubiese alguna caballeria. Iguales medidas tomó el enemigo y comenzó á fogear un escuadron de nuestra caballeria. En breve hicieron lo mismo con la infanteria unas y otras avanzadas, y fué reforzado un escuadron de caballeria con algunos cazadores. Hasta este momento [dice Filisola en su parte] no habia yo descubierto el plan de defensa á mi enemigo, y era este. La infanteria del padre Izquierdo cubriendo la hacienda, Fernando VII formado en la era de ella para operar ofensivamente y la caballeria colocada entre dicha hacienda y una barranca que tiene á la derecha en dos líneas, con objeto de que si el enemigo dirigia su ataque á dicha hacienda lo flanquease, y si á la inversa lo hiciese la infanteria de Fernando VII aprovechándose de la desigualdad del terreno. Siguió avanzando el enemigo dirigiéndose hácia mi derecha; yo di orden á don Joaquin Calvo variase hácia aquel flanco su oposicion haciendo cargasen las guerrillas de la izquierda, y aun descubri el intento del centro. Castillo debió creer falta de conocimiento esta medida, y reconcentrando la fuerza se dirigió en columna con las dos piezas á la cabeza hácia él. Yo me aproveché de su tenacidad, pues hice pasar á Calvo con su caballeria y el tercer escuadron de mi regimiento entre su columna y la barranca, cogiendo en flanco y retaguardia; y aunque la caballeria enemiga quiso oponerse á este movimiento, fué metida por dichos escuadrones á cuchilladas sobre su infanteria, que hizo un fuego vivísimo para contener. A pesar de esto, bien fuese por temeridad ó aturdimiento, continuó el ataque al centro, y yo que lo deseaba los dejé internar como me convenia. En esta situacion parecia la accion casi perdida por mi parte.

El batallon de Fernando VII aun no habia hecho fuego ni moviéndose de su puesto, como la infanteria del padre Izquierdo cuando me propuse volver á la defensiva en ofensiva: di orden á don Antonio Moreno para que con su batallon atacase á la bayoneta por la derecha, la infanteria de Izquierdo por el frente y el primer escuadron de mi regimiento al cargo de don Agustín Fuentes y el mayor don Vicente Gonzalez lo hicieron igualmente por la derecha con Fernando VII. Los tenientes coroneles Calvo y Martinez que estaban actualmente llegando, hice que ocupasen la hacienda para servir de reserva y apoyo. En esta disposicion la accion se volvió general y horrorosa: la valentia singular de Fernando VII, la decision de mi caballeria y la resistencia del enemigo, que sin duda se componia de las mejores tropas del reino, nos hizo mezclar unos con otros, hasta que cediendo emprendió la fuga hácia la misma hacienda, que no estaba ocupada como yo habia prevenido, pues los soldados de Martinez quisieron mas bien entrar en accion, incidente que nos quitó el que no hubiera quedado ni uno de los contrarios, los cuales dejaron en nuestro poder toda su artilleria, parque y heridos. Tal fué la pérdida de los españoles en esta accion; esta fué la segunda vez que se vieron batir en campo raso las fuerzas expedicionarias con las americanas (siendo la primera la del general Matamoros en el Palmar). La pérdida del enemigo consistió en dos piezas de artilleria con sus carros, cerca de trescientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, un jefe (Puig); la de Filisola en dos oficiales muertos, trece soldados y veinte heridos con dos oficiales. Permitted á Castillo que mandase sus heridos, que pasaban de ciento, á Toluca, dándole una escolta de ciento cincuenta caballos al mando de don Joaquin

Calvo para su seguridad en el camino. Castillo partió para Lerma y después con precipitacion para Méjico, temiendo ser cortado en el monte de las Crucés. Me he detenido en esta relacion, no tanto por mostrar la equivocacion é inexactitud del señor Torrente, cuanto por referir las tristes consecuencias que produjo este triunfo á los españoles, que fueron no menos que el despojo del vireinato al conde del Venadito, de cuya relacion voy á ocuparme.

Separacion del mando del conde del Venadito por los españoles en un motin militar.

81. Como generalmente sucede, dice el señor Torrente (1), que en momentos de desgracias se designa como causante de ellas á la primera autoridad, empezó á ser el virey Apodaca el blanco de los tiros de la maledicencia y se principiaron asimismo á concebir planes para derribarlo de su encumbrado puesto. Una porcion de oficiales de los mas bulliciosos formaron sus reuniones con el objeto de desacreditar dicho jefe, y como paso preliminar que allanase la ejecucion de sus proyectos, estaban recogiendo firmas para dirigirle una representacion á fin de que se instalase una junta de guerra en la que tuviesen entrada los *subalternos*, quienes podrian ayudar con sus luces á sostener la decaida opinion, cuando el general Liñan dió los avisos oportunos de estos planes, los que se cortaron oportunamente con la prision del oficial que mas parte habia tenido en aquella reprehensible maniobra.

82. Empero estaba ya la trama muy adelantada y no fué posible sofocarla. Los mismos oficiales que habian principiado los expresados manejos, hicieron la explosion entre ocho y nueve de la noche del 5 de julio de 1821. Puestos por ellos sobre las armas los regimientos de Ordenes y Castilla y el escuadron de la Integridad, ocuparon todas las avenidas de palacio, de cuya puerta se apoderaron asimismo con el apoyo de guardia de realistas y de dos compañías de Marina, á las que estaba confiada la seguridad del digno virey. Los jefes de dichos cuerpos, que fueron enviados para contener aquel alboroto, vieron desobedecida y atropellada su autoridad. El regimiento de infanteria que se hallaba en Lerma á doce leguas de Méjico, abandonó al coronel de Fernando VII don Angel Diaz del Castillo que mandaba aquel distrito, y se puso en marcha con su teniente coronel, apostándose en la garita de San Cosme en la misma noche para sostener la deposicion, y si era necesario, tomar la ciudadela á la fuerza. En el momento de haber estallado esta aciaga sublevacion, se hallaba congregada en palacio la junta de guerra de que se ha hecho mencion anteriormente; y habiéndose dispuesto que se preguntase á los amonados cuál era el objeto de su rebeldia, manifestaron que el ejército (cuya voz habian usurpado) pedia la renuncia del virey, en uno de sus sub-inspectores, en quienes tenia mas confianza para salvar la nave del Estado de tan tremenda borrasca. Contestóles el ultrajado virey con la mayor calma y compostura su ninguna repugnancia en demitir el mando en tan apuradas circunstancias si no se hallase comprometido su honor y si no conociese que esta decision habia de acarrear la inevitable y pronta ruina de aquellos dominios que el rey habia confiado á su celo. El general Liñan y los demás individuos de la junta se esforzaron en afejar aquel atentado y en llamar al orden á los conjurados; mas todo fué en vano y sus últimas intimaciones encerraban alarmantes amenazas á la seguridad del virey si no entregaba el mando al general Novella.

(1) Página 283, tomo 3.

Habiendo tenido el brigadier Espinosa la feliz ocurrencia de proponerles que seria nombrado para mandar las armas dicho Novella, en quien habian manifestado tener mas confianza, conservando el conde del Venadito las demás atribuciones de virey y jefe politico, por cuyo medio obtenian ellos su principal intento y se llegaba á evitar el horrible descalzo á la autoridad legitima, quedaron desconcertados los pretendidos órganos de las tropas y pidieron salir á consultarlas sobre este nuevo incidente; pero volvieron á poco rato insistiendo en que sin demora abdicase el mando el virey, firmando el documento que á este objeto llevaban escrito. Los términos indecorosos en que estaba concebido aquel papel irritaron de tal modo el ánimo del prudente y juicioso conde del Venadito, que lo hizo pedazos en su misma presencia y escribió otro de su puño, por el que se hacia menos bochornosa aquella violenta tropelia, con la idea de evitar los males que pudiera producir en el público con menoscabo de su bien cimentada opinion (1). Alérgome de que tan vergonzosa relacion la haya formado una pluma española, á la que solo añadiré algunas circunstancias dignas de la historia.

84. El principal motor de esta revuelta fué don Francisco Bucelli, teniente coronel graduado de coronel del regimiento del infante don Carlos y los oficiales del mismo regimiento y del de Ordenes. De Bucelli se asegura que cuatro dias antes se le presentó al virey diciéndole: "Que estaba quebrado con los fondos de su cuerpo", y el conde compadecido de esta desgracia le sacó del apuro prestándole tres mil pesos de su candal, sin asegurarse de esta cantidad para su cobro. Créese que con este mismo dinero fomentó la revolucion contra su bienhechor. ¡Monstruo! En la tarde habian arrestado al coronel de cuatro Ordenes Llamas y otros oficiales y en la noche hicieron lo mismo con el sargento mayor Mendivil: lo que mas llama la atencion es que las compañías de marina que custodiaban al virey y en quienes confiaba, se prestaron los primeros á este servicio. Un oficial benemérito mejicano, poco antes en conversacion habia dicho al virey que no confiaba en aquella gente. . . . Irritóse al oírlo; mas cuando acababa de sufrir el desaire, viendo á este mismo oficial le dijo: "¡Ay amigo, si yo me hubiera llevado de los consejos de usted hoy seria otra mi suerte. ¡Qué mal hice en no creerlo!"

85. Cuando no fuera el objeto principal de esta obra referir la historia de los sesenta y un vireyes que han gobernado esta América, bien merecia la de nuestra independencia que contásemos esta como un episodio muy interesante.

Dase idea del gobierno de don Juan Ruiz de Apodaca.

86. El conde del Venadito es uno de aquellos genios benéficos que Dios ha criado y que por un

(2) Este papel decía: "Entrego libremente el mando militar y político de estos reinos, á petición respetuosa que me han hecho los señores oficiales y tropas expedicionarias, por convenir así al servicio de la nacion, en el señor mariscal de campo don Francisco Novella, con solo la circunstancia de que por los oficiales representantes se me proporcione la seguridad de mi persona y familia, manteniendo la tropa de marina y dragones que tengo, y se me dé además la escolta competente para marchar en el siguiente dia á Veracruz, para mi viaje á España; dejando á cargo de dicho señor Novella, con toda la autorizacion competente, dar las disposiciones y órdenes para la continuacion del orden y tranquilidad pública y entenderse, en vista de esta cesion que hago, con las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles y militares del reino. Méjico, 5 de julio de 1821.—El conde del Venadito.

exceso de su infinita bondad se dignó mandar á esta América como un bálsamo de salud que cicatrizase las profundas heridas que le habian abierto sus predecesores Venegas y Calleja. La bondad de su razon fué conocida tan luego como se presentó en Méjico, y á merced de ella en 31 de diciembre de 1818 llevaba expedidas veintinueve mil ochocientos diez y ocho cédulas de indulto, no obstante la energia que habia vuelto á tomar la revolucion con la venida del general Mina, las cuales cédulas fueron en aumento extraordinario en los años sucesivos, y de qué día en testimonio las listas insertas en la Gaceta de Méjico. Los comandantes de las provincias y de los destacamentos se habian constituido árbitros soberanos de la vida y de la muerte de los insurgentes y fusilaban sin dar cuenta ni responsabilidad; mas Apodaca lo impidió severamente. La hacienda pública se hallaba á su llegada de todo punto destruida, y ya en fines de 1817 bajó la deuda pública dos millones cuatrocientos noventa y ocho mil ciento noventa y ocho pesos. En fines de 1818 bajó en seiscientos cincuenta y un mil ochocientos cuarenta y tres pesos cinco reales siete granos. En 1817 estableció el rescate de platas de Zacatecas con el fondo de cien mil pesos y el de Sombrete con el de cincuenta mil. Quitó el descuento del quince, diez y ocho y veinte por ciento impuesto sobre los sueldos de los empleados militares y civiles, reintegrándolos en la misma forma que se les habian descontado, y hasta 20 de enero de 1818 la devolución hecha solo en Méjico ascendió á ochenta y un mil pesos. En aquellos mismos dias la deuda pública estaba amortizada en un millon setecientos veinte mil setecientos cincuenta y seis pesos cinco reales, y en quinientos noventa y ocho mil quinientos cuarenta y dos pesos pertenecientes á la renta del tabaco; habiéndola reparado cuando estaba en su aniquilamiento y puéstola en estado de girar por si, sin necesidad de contratas para hacer compras de papel y continuar sus labores. Hizo además muchos reintegros á personas miserables; teniendo, como dijo muchas veces al rey, la satisfaccion de no haber exigido ningun préstamo forzoso ni aumentado un real de contribucion sobre las que encontró impuestas. Remitió á España algunos millones de todas las cantidades que se llamaban remisibles y pertenecian á diversos ramos. Mantuvo el ejército en un pié numeroso y cual jamás se habia visto, abastecido de armamento y vestuario, trabajado en gran parte en nuestra maestranza. Mandó visitar muchos establecimientos públicos y fomentó con el mayor celo el restablecimiento de los jesuitas, convencido de la utilidad que prestarian al reino. En las calamidades públicas se mostró activísimo para remediarlas, como en la escasez de maíz del año de 1818 y en la inundacion que amenazó á Méjico en 1819. El conde del Venadito no dormia en aquellas noches, procurando ocultar á los vecinos de la capital el gran peligro que les amenazaba y el solo sabia por los informes de los ingenieros. A guisa de sobrestante montado á caballo regentaba á los presidiarios para que abriesen zanjas, repusiesen puentes y se abasteciesen de tortillas, pan y carne los infelices, que habiéndoles destruido el agua sus casillas, necesitaron de trasladarse á lugares altos. . . . ¡Quién lo creyera! se compadeció hasta de los perros ixcuintles que los pobres indios dejaron abandonados en estas traslaciones y procuró ponerles en salvo; ¡tal era la sensibilidad de su corazón! No permitia que se representasen tragedias en el coliseo, porque le sacaban lágrimas los desenlaces funestos. Jugaba de noche al tresillo con algunos de sus amigos, de los cuales uno era depositario de lo poco que ganaba para repartirlo á los pobres de la cárcel ó vestir á los huérfanos. Era asiduo en el trabajo del bufete y despachaba tanto

como cualquier oficial de su secretaría. Sus calificaciones en las remisiones de memoriales solicitando gracias del rey, eran exactísimas y jamás faltaba á la justicia. Su desinterés era á toda prueba; no se presentaba en su gobierno un pequeño rasgo de venalidad. Su conducta como cristiano era edificante por la frecuencia de sacramentos. Su casa (he dicho otra vez) que semejaba á un monasterio, y su esposa doña María Rosa Gaston era un modelo de virtud. Su amor y fidelidad al rey no era la de un vasallo, sino la de un hijo que idolatraba á su padre y le procuraba todo honor; sus cartas están llenas de respeto, y sus expresiones eran nacidas de un corazón amante; dudo que en toda la monarquía hubiese un súbdito que amase mas á su soberano. . . . Este fué don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito; yo escribo á presencia de los que lo conocieron, y aunque por un yerro de opinion pesó su autoridad sobre mí que era un hombre pobre y desvalido, conozco y preconizo sus virtudes y no temo ser desmentido; lo amé por ellas y lo amé porque amó á los mejicanos y él los miró como á hijos.

87. Separado del vireinato con ignominia (no suya, sino de los que lo despojaron ultrajando sus canas, su dignidad y respetos), se pasó á vivir á la ribera de San Cosme, en la casa de D. Gabriel de Vermo, sin querer admitir la guardia que le ofreció Novella; hacíansela sus virtudes y se paseaba solo como un particular, bien seguro de que ningun mejicano, aunque hubiese sido el mayor malvado, le habia faltado al respeto, porque todos le amaban. Discúlpesele que no hubiese estado por las ideas liberales de su época, porque habiendo ingenuamente la mayor parte de los que las han profesado no han hecho sino calaveradas y desaciertos, han querido mejorar el mundo y lo han empeorado; no tienen vocacion de reformadores y necesitan primero reformarse á sí mismos. No temo asegurar que si el gobierno del conde del Venadito durara diez años, la América mejicana se repone al estado brillante en que se hallaba en 1810, cuando estalló la revolucion en Dolores.

88. Es muy digno de notar que poco meses antes el ejército del Perú habia hecho igual deposicion atendida del mando al virey de Lima Pezuela, pretendiendo que se formase por este una junta directiva de guerra. El crimen que se imputaba á este virey era, que no habia querido dar una accion decisiva al general San Martín, arriesgando á un lance todas las fuerzas con un ejército único que conservaban los españoles contra el de los americanos, superior en número y con el prestigio de victorioso y porque sabia muy bien Pezuela que ocupada la capital de un reino por el enemigo, éste se ensañearia de lo demás fácilmente, según la experiencia de la guerra lo habia demostrado con Napoleón. Diez y nueve oficiales representaron contra Pezuela, como casi igual número lo hizo con Bucelli en Méjico, y su separacion se verificó en el campo de Aznapuquio, cerca de Lima, donde estaba el cuartel general, recayendo el nombramiento del sucesor en el general Lacerna, llamado por el pliego de Providencia ó sea de mortaja que en Méjico no se tuvo en consideracion respecto del conde del Venadito: tan cierto es que los españoles son unos mismos en todos los lugares del mundo, aunque estén separados por enormes distancias, es decir, sus ejércitos unas reuniones de hombres insubordinados (1). ¡Cuántas

(1) La tropa amotinada que sitió el palacio y ocupó los corredores, presentaba el espectáculo mas horrible de la disolución y el desenfreno; muchos no se podian tener en pié de borrachos, otros estaban tirados en el suelo como cerdos, su lenguaje era el de la abominacion y desenfreno. Estas son las tropas expedicionarias que se nos mandaron de España, y presentaron como mo-

de estas deposiciones de generales no hemos visto en España desde 1808, y repetido en estos dias en la actual guerra de sucesion, propasándose asesinar á sus jefes.

89. Las corporaciones de Méjico recibieron con la mayor repugnancia el nombramiento de Novella; la junta provincial respondió al conde del Venadito cuando se le hizo saber. . . . "La dimision de mandos que V. E. ha hecho es nula; lo primero, que por el contexto mismo del oficio y por notoriedad, se conoce que fué violenta; lo segundo, porque no hay facultades en V. E. para entregar el mando á la persona que le haya parecido, sino á aquellas que designa la ley en caso de imposibilidad." Igual respuesta dió la misma junta á Novella y á la audiencia real: preguntóle si existia ó no la cédula de mortaja: respondió que existia en el archivo secreto, y cuando la diputacion provincial se preparaba para que se abriese y reconociese, Novella le mandó que fuese á prestar el juramento y se pres- tó á ello en obvio de turbaciones, pues no eran aquellos momentos propios para oír la voz de las leyes, sino la de las armas. . . . *Silent leges inter arma.* Hicieron fiestas á Novella por tres dias como á los vireyes legitimos, se dieron tambien funciones en el coliseo, donde tuvo la satisfaccion de oír cantar una marcha cuyo estribillo decía. . . .

Victoria, victoria, viva Novella, de este cielo estrella de este cielo estrella y aurora de paz.

90. El gobierno como un jerifalte, y fué virey solo de la ciudad y radio de Méjico, porque todo estaba insurreccionado. Demos un vistazo sobre otras acciones que se dieron por los llamados entonces integros, no porque les faltase algo de hombres en sus cuerpos, sino porque sostenian la integridad de la monarquía española.

Muerte de Pedro Ascencio.

91. Este benemérito guerrero y patriota tenia situado al pueblo de San Francisco Tetecala, que defendia don Cristóbal de Huber, gran bandolero, según lo manifestó en sus excursiones y matanzas que hacia aun en los pueblos pacíficos, como en Chalco, donde su tropa desbandada hirió, mató y robó á sus pacíficos vecinos. Provocólo á una entrevista para evitar la efusion de sangre, marchó con su escolta Ascencio á tenerla; mas los soldados de Huber, parapetados tras una cerca, lo mataron: solo así pudieron deshacerse de un hombre que mantuvo el fuego de la revolucion hasta los últimos dias, y en quien reconocieron los españoles el enemigo mas terrible por su valor y decision, no menos que por su astucia y singular estrategia.

Sitio y ocupacion de Puebla por el general don Nicolás Bravo.

92. En 14 de junio salió este jefe de Tulancingo para Puebla con tres mil hombres, y el 22 comenzó á formalizar sitio colocándose la mayor parte de la fuerza en Cholula con gruesos destacamentos en el puente de Méjico; la novena division al mando de don José Joaquín Herrera se situó en Amatuca. Residia en aquella ciudad don Manuel de Mier y Terán, el cual se unió al ejército independiente. Comandaba la fuerza realista en la misma el general español don delos de subordinacion y disciplina; el aguardiente abundaba extraordinariamente, habiendo precedido el soborno.